

desgraciados ímpetus; pues por una fatalidad los mas carecen de las instrucciones necesarias para enderezar su j6ven y dirigirlo por donde debe andar: comunmente á unos se les abandona á la ignorancia, y á otros á la lisonja: á unos se les incensa, á otros se les abate; á éstos se les halaga, á aquellos se les vituperá; y á unos y á otros se les adornece, cuando se les debia despertar.

Este es el estado de la juventud; en cuyo estío abrasador nos consumimos y nos devoramos; hasta que llega el tiempo en que á los placeres suceden los negocios, y entonces se apodera de nosotros la ambición y nos tiraniza. Entonces comienzan las inquietudes, siguen los embarazos, y no pensamos ya sino en colocarnos en esta tierra como si fuera nuestra última y eterna morada. Entonces la fortuna es el ídolo que adoramos; el dinero la dicha que solicitamos. Todo, todo se dirige á estos dos objetos: de aquí nacen las astucias, los enredos, las ficciones, las mas veces los delitos. No se solicita mas que intereses y honores: se casa por codicia, se buscan empleos por soberbia, y no se piensa sino en nutrir bien el cuerpo, alojarse con comodidad y vestirle con ostentacion: nuestra memoria y nuestra voluntad sólo sirven á una vida absolutamente sensual.

Bastantes desgracias serian éstas para no ser felices; pero las injusticias que nos oprimen, las calumnias que nos persiguen, las enfermedades que nos atormentan, y las tentaciones que nos acongojan, aumentan la cadena de nuestros infortunios, y nos reducen al mas duro cautiverio. No encontramos sino peligros, amigos falsos, ladrones y enemigos: parece que todas las criaturas se arman para nuestra ruina y destruccion: la rosa afita sus espinas; el insecto destila su ponzoña: peligros en las ciudades, peligros en las aldeas, peligros en los mares; en una palabra, siempre los unos suceden á los otros: el miedo nos turba, el desasosiego nos desconcierta.

Este el verdadero retrato de la vida presente, á pesar de que á primera vista nos parece todo risueño: mas en la realidad no está llena sino de angustias, dolores y é incomodidades. Y esto es, no circunstando las miserias del pobre, ni las enfermedades á que estamos expuestos! Para esto seria preciso ir á las cabañas y asistir á los hospitales, y ver el modo con que se rechaza la muerte, que no es otro sino los medicamentos y operaciones, las mas veces peores que la misma muerte. Con razon llamó Job á nuestra vida una continua batalla. A nadie necesitamos preguntár para saber nuestras desdichas; están en nosotros y al rededor de nosotros. Los mas se

confiesan descontentos en su suerte; prueba nada equívoca de que no hay estado libre de desgracias y pesares. Los ricos están devorados por un gusano interior; y los pobres por el hambre: los grandes consumidos por la ambicion y por el tédio; los pequeños despojados por la injusticia, y pisados por la soberbia. ¡Qué de turbaciones dentro de nosotros mismos y en nuestras casas! ¡Qué de llantos y sentimientos por las personas que amamos! ¡Qué ímpetus de cólera que es preciso reprimir! ¡Cuántos pensamientos que es preciso disipar! Una hora nos trae nuevas inquietudes: un minuto nuevos embarazos. Sin duda que pereceremos al peso de estos males, si la religion no nos instruye, si la caridad no nos confortá; estos son los únicos lenitivos que nos pueden hacer soportables las miserias de esta vida; y la acerbidad de tamaños males.

Domingo de Quincuagesima.

El Domingo de Quincuagesima no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos antecedentes, y se llama de Quincuagesima, por ser el primer dia de cincuenta antes de la pascua. Desde este Domingo, que precede al primero de Cuaresma, debemos preparar nuestro espíritu á la compuncion y penitencia que hemos de observar en la santa cuaresma.

Pedro de Blois, ó Blesense, dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma, en la quincuagesima, segun el decreto del papa San Telésforo, que vivia en tiempo del emperador Adriano. Sin duda dió ocasion á este decreto, el que en aquellos primeros tiempos, la mayor parte de los fieles no creian que se debian comprender en los cuarenta dias del ayuno el Viernes y Sábado Santo, cuyos ayunos, como destinados singularmente á honrar la pasion y muerte de Jesucristo, habian sido observados por los mismos Apóstoles, antes que la Iglesia hubiese instituido una ley sobre el tiempo del ayuno cuaresmal. Por este motivo se empezaba la cuaresma desde el lñnes, y se ayunaba cuarenta y dos dias en el espacio de siete semanas.

Ya dijimos en la Dominica antecedente que los oficios nocturnos contienen la historia de la primera y segunda edad del mundo, des-

de la creacion hasta Noé, y desde Noé hasta Abraham; y el de Quincuagésima comprende desde Abraham hasta Moises, figura de Jesucristo. Al hacernos la Iglesia la pintura de estos primeros tiempos, pretende hacernos el plan de toda la economía de la divina Providencia sobre los escogidos; y por la memoria del cuidado paternal que tiene Dios de sus hijos, escitarnos á recurrir á él en todas nuestras necesidades, á confiar mas y mas en su bondad, y aprovecharnos del beneficio de la redencion por medio de una vida inocente y penitente. La Epístola y Evangelio de este dia se dirige al mismo fin; pero el espíritu del siglo siempre contrario al espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, nos enseña máximas enteramente opuestas. Quiere que la tristeza y el retiro, que la Iglesia nos predica en estos dias, se convierta en fiestas y regocijos del todo profanos; y que estos últimos dias del Carnaval, que son como el preludio del santo tiempo de cuaresma, sean dias de destemplanza y de disolucion, dedicados á diversiones enteramente paganas.

La Epístola de la misa de este dia es del capítulo XIII de la primera carta de San Pablo á los corintios; en que el Santo Apóstol hace ver la necesidad de la caridad, y cuáles son sus oficios: como debe ser constante, y cuan superior es á la fé, á la esperanza, y á los otros dones de Dios. Estando el Santo Apóstol en Efeso, supo por Estefanas, Fortunato y Acairo, que habian venido á verlo de Corinto, ó por carta que le entregaron de los principales de la Iglesia de Corinto, que despues que se habia ausentado, se habia introducido entre los fieles el espíritu de division y de cisma. Les hace ver que aunque hubiesen recibido todos los dones de Dios, si les falta la caridad cristiana que une todos los espíritus y todos los corazones, y la cual quiere Jesucristo que sea el carácter que distinga á todos los que le sirven.

Los corintios, acostumbrados á la distincion de las diferentes sectas de filósofos que reinaban en la Grecia, creyeron desde luego que sucedia casi lo mismo en la Iglesia, y que Pedro, Pablo y Apolo, á quienes respetaban como á los doctores de la fé, formaban otras sectas aparte, y que cada uno tenian su partido. Y aunque todos enseñasen la misma doctrina, los corintios se gloriaban de ser particularmente discipulos de aquel ó aquellos que les habian bautizado; cada uno ensalzaba el mérito del que le habia instruido, y esta parcialidad causaba divisiones entre ellos y formaba una especie de

cisma. He sabido, hermanos míos, con un extremo dolor, les dice el Apóstol, que hay disputas y contestaciones entre vosotros: cada uno de vosotros dice por su parte: Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro. ¿Por ventura está dividido Jesucristo? ¿Ha sido Pablo crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo? No ha habido tiempo en que la emulacion y el odio, cubiertos con capa de religion, no hayan formado partidos aun entre las personas que hacen profesion de piedad: ¡mas ay! que el dia de hoy no se dice solamente, yo soy de Pablo, yo de Apolo; ¡por ventura no se añade tambien, yo soy de Apolo contra Pablo; yo soy de Pablo contra Apolo? Este espíritu de contension, y tan contrario á la caridad, intenta San Pablo destruir. Para abolir estas divisiones se extiende mucho en este capítulo XIII de donde se ha tomado la Epístola, sobre la caridad para con Dios y el prójimo. Aunque tuviese yo todas las virtudes, les dice, en un grado el mas eminente, aunque tuviese el don de lenguas, el de profecía, la inteligencia de los misterios mas profundos, y una ciencia universal: si tuviese toda la fé que se puede tener, de suerte que hiciese pasar los montes de un lugar á otro; si no tengo caridad, soy nada, Dios no me apreciará, ni hará cuenta conmigo para nada. Por último, San Pablo despues de haber referido las calidades de la verdadera caridad, y las faltas de que está exenta, acaba con decir, que lo que es absolutamente y siempre necesario en esta vida, lo que debemos desear sobre todas cosas no perder jamas, son la fé, la esperanza y la caridad.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo XVIII de San Lucas, donde se cuenta como habiendo tomado el Salvador sus doce Apóstoles para ir á Jerusalem, les predijo claramente todo lo que le habia de suceder en esta infame ciudad. Era esta la última vez que Jesucristo habia de ir á ella. Estaba en Efen, cerca del desierto de Judéa, en donde habitó algun tiempo con sus discipulos despues de la resurreccion de Lázaro, de donde no salió hasta el 22 ó 23 de Marzo, para ir á celebrar la pascua á Jerusalem.

Al ir á Jerusalem, caminaba tan de prisa, dice San Marcos, que por mas que consideraba á esa ciudad como el teatro de sus oprobios, el celo de que estaba abrasado, y el deseo ardiente que tenia de dar su sangre por la salvacion de los hombres, le hacian correr, y anticiparse mucho á todos los que lo acompañaban. Les declaró, pues, como habia llegado ya el tiempo de cumplirse todo lo que ha-

bían dicho los profetas de su pasión y de su muerte. Vosotros veis cómo vamos á Jerusalem, á donde el Hijo del Hombre será entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores de la ley, y de los magistrados, los que lo entregarán á los gentiles; será expuesto al escarnio del populacho insolente; le escupirán en la cara, le azotarán cruelmente, y por último, le condenarán á morir en una cruz; pero su muerte será seguida de una resurrección gloriosa. Todo este discurso era para los apóstoles un enigma del que nada comprendían. No podían comprender cómo el Mesías, por tanto tiempo esperado podía ser tratado de una manera tan indigna; y no podían entender cómo se habían de componer tantas ignominias con la dignidad y grandeza de la persona de su Maestro. El misterio de la muerte del Hijo de Dios por la salvación de los hombres, les era todavía escondido. Jesucristo no dejaba de hablarles de él á menudo, para que cuando viesén cumplirse lo que se les había predicho tan positivamente, se asegurasen y comprendiesen á lo ménos por entónces, que la pasión del Salvador había sido voluntaria, y que no había muerto sino porque había querido.

Estando Jesús en esta conversación con los Apóstoles y acercándose á Jericó, un ciego que estaba sentado á un lado del camino pidiendo limosna, oyendo pasar una tropa de gentes, que salían de la ciudad para ver al Salvador, preguntó cuál era el motivo de aquel tropel; y respondiéndole que pasaba por allí Jesus Nazareno, exclamó al punto: Jesus, Hijo de David, compadeceos de mí. ¡Qué dichoso fué este hombre en haber sabido aprovechar tan bien de la presencia del Salvador! Si hubiera dejado pasar esa ocasión, es muy factible que hubiera muerto en su ceguedad. Hay momentos en que Jesucristo se acerca mas al pecador, haciéndole sentir mas vivas las impresiones de su gracia: estos momentos son preciosos, y ordinariamente no vuelven. ¡Ay de nosotros si los despreciamos! Los que iban andando le decían que callara; pero entónces era cuando le gritaba con mas fuerza: Jesus, Hijo de David, compadeceos de mí. Así los judíos como los extrangeros y paganos que tenían trato con los judíos, estaban en la persuasión de que el Mesías había de ser de la raza de David, y así lo nombran y llamaban bajo de esta calidad. Jesús se detuvo, é hizo acercar al ciego y le preguntó qué quería. ¡Ah, Señor! todo lo que yo os suplico es que vea. Vé, le dijo Jesús; y en el mismo instante vió. Este milagro, hizo gran ruido. El ciego que había sido curado, no quiso apartarse de su bienhe-

chor, le siguió y fué uno de los mas fieles discípulos. Cualquiera, dice San Gregorio, que conoce las tinieblas de su ceguedad, cualquiera que siente que está privado de la luz eterna, clame del fondo de su corazón, haga resonar la voz de su alma y diga: Jesus, Hijo de David, tened misericordia y compadeceos de mí.

La Epístola es del capítulo XIII de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retifi. Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fé, de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas; si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complácese, sí, en la verdad: á todo se acomoda, cree todo, todo lo espera, y lo soporta todo. La caridad nunca feneces; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia. Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, é imperfecta la profecía. Mas llegado que sea lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Así cuando yo era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño. Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entónces le veremos cara á cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entónces le conoceré con una vision clara, á la manera que soy yo conocido. Ahora permanecen estas tres virtudes, la fé, la esperanza y la caridad; pero de las tres, la caridad es la mas excelente de todas.

El Evangelio es del capítulo XVIII de San Lucas.

En aquel tiempo: Tomó Jesús á los doce Apóstoles, y les dijo: Ya veis que subimos á Jerusalem, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre, Por-

que será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido y azotado; le darán la muerte, y al tercer día resucitará. Pero ellos ninguna de estas cosas comprendieron; antes era este un lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de las palabras dichas. Y al acercarse á Jericó, estaba un ciego sentado á la orilla del camino pidiendo limosna; y sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué novedad era aquella. Dijéronle que Jesus Nazareno pasaba por allí de camino. Y *al punto* se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él levantaba mucho mas el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Paróse entónces Jesus, y mandó traerle á su presencia. Y cuando le tuvo ya cerca, preguntóle, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Señor, respondió, el que yo tenga vista. Díjole Jesus: Ténla; que tu fé te ha salvado. Y al instante vió, y le seguía, celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo cuando vió esto, alabó á Dios.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del día.

Considera que Jesus en esta ocasion solo habló de sus dolores, y el mundo no cesa de hablar de sus deleites; Jesus habla á sus discípulos de su pasión, y el mundo no quiere escucharle. La memoria de su pasión hace la felicidad de los Santos; de la pasión discurren Moises y Elias en el Tabor: los buenos hablan tambien en este mundo de los dolores é ignominias de Jesus; pero los malos cierran los oídos, apartan la vista, y se ocupan en sus diversiones y pasatiempos. Aquéllos le siguen hácia Jerusalem, y entran en ella á padecer con él; pero éstos huyen, y se alejan, y éntranse en Babilonia para holgarse y buscar los mentidos placeres de la tierra. ¿En qué clase de estas se darán aquellos ojos abiertos é iluminados de la verdadera sabiduría, que son tan necesarios para discernir los caminos, y emprender y seguir el que conduce á la patria celestial? ¡Ah! ¿Quién puede dudarlo? Los malos son aquel ciego que á esta sazón nos presenta el Evangelio, el cual nada veía, ni podía ver mientras Jesus no le diese la vista, alumbrándole con su sabiduría celestial.

Considera, pues, que en este ciego se simboliza el mundo envuelto en las tinieblas del error; carecía de la vista necesaria para seguir

los caminos de Dios. El ciego de Jericó clamó una y otra vez á Jesus, diciendo en alta voz: "Jesus, hijo de David, ten piedad de mí." Súplica preciosa en el agrado divino, que obligó á Jesus á que le prestase atención, y le dijese: "¿Qué quieres que yo te haga?" como si le dijera: No puedo negarte cosa alguna. ¡Ah, Señor, que vea yo, responde el ciego; y Jesus al momento le da vista, diciéndole: Vé, tu fé te ha salvado. Así el mundo clamaba, ya con las voces de los iluminados patriarcas, y ya con la voz muda de la suma necesidad en que se hallaba de salir del error en que yacía. Jesus se compadece, le hace traer á su presencia por medio de sus predicadores, y le abre los ojos, alumbrándole con la luz evangélica. ¡Dichoso el mundo, que una vez dejó de ser ciego y estar envuelto en la densa oscuridad de sus errores! Mas ¡ay! que entre la misma cristiandad se levantó otro mundo, que es enemigo de Jesus, que si bien no ofrece incienso á los ídolos, no por eso deja de idolatrar en las criaturas que la apartan del amor de su Dios: él no niega la fé; pero destruye la caridad; y considerado, no en sus individuos que pueden resucitar por la fé, sino en su espíritu, que nunca resucita, ni puede resucitar, porque siempre es contrario al espíritu de Cristo, el mundo niega tambien la fé, y ha vuelto á hundirse en las tinieblas de una doctrina diametralmente opuesta á la del Salvador. ¡Qué desgracia! Perdió la luz del conocimiento verdadero de Dios, y caminando en tinieblas, jamas encontrará á su Redentor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo soy un mundo pequeño; pero tan desgraciado como el grande, si me he dejado dominar de sus máximas. Mientras subsista en ellas, ando en tinieblas, y en medio del día que alumbrá á mis hermanos, nada veo: mientras esté animado del espíritu del mundo, me alimento de un veneno corrosivo que no deja obrar en mí la saludable medicina de la moral evangélica que pudiera volverme á la salud y á la vida. Yo, pues, debo abjurar aquellas máximas perniciosas y erróneas, y negarme á aquel espíritu pestilencial y mortífero. Así os lo prometo, Divino Salvador mio, y espero que useis conmigo de la misma piedad con que alumbrasteis y sanasteis en alma y cuerpo al ciego de Jericó.

JACULATORIA.

Señor, dame que vea.

LECCION.

Concluye la materia de la anterior.

La mayor parte de los hombres, y por desgracia aun de los cristianos, están equivocados sobre esta palabra *vida*. Entienden por esta voz el goce de toda clase de placeres, aun de los criminales, lo cual no es sino una verdadera muerte. Ninguno es racional, sino en cuanto piensa como debe pensar, y obra conforme á la ley que le dicta lo que debe practicar. Los instantes de nuestra vida corren con tanta rapidéz, que si no atesoramos en tiempo oportuno, nos encontraremos al fin sin nada, y habrémos vivido como unas bestias. No somos mas que un punto en la estension de los siglos, y un punto que por momentos se deshace, cuando nuestro espíritu debe durar eternamente. Es cosa, pues, bien injusta hacer un ídolo de nuestro cuerpo, y tratar con suma delicadeza á aquel que cada instante perece, y que al fin ha de parar en un esqueleto. Basta poner los ojos en la vejez para conocer nuestra fragilidad. Si al nacer viéramos las miserias á que íbamos á estar espuestos, querríamos ántes que vivir, volver á la nada de donde salimos. El ambicioso vería con espanto las penas, las bajezas é indignidades que habian de ser los auxilios de su grandeza; el sabio desfalleceria á vista de las fatigas y poco fruto que le habian de producir sus investigaciones y desvelos: el político temblaria, considerando el camino espinoso en que á cada paso puede ocasionarse su caída, y en el que cada proyecto, aunque muchas veces inútil, cuesta grande aplicacion é innumerables sudores: el conquistador aprenderia que no tiene derecho de esperar mas que una gloria vana y muy incierta, despues de combates y peligros de toda suerte: el lujurioso conoceria que sus placeres, al parecer tan risueños y tan cómodos, habian de consumirle á remordimientos y enfermedades, y despojarle de su reputacion y acaso de sus bienes: el cortesano se avergonzaria de ver sus fastidiosas adulaciones, recompensadas con desaires, ó con una prosperidad abominable para el público: los gobernantes, por último, mucho mas asustados que todos, temerian el formidable peso de sus encargos y deberes, como también la terrible cuenta que han de dar en el tribunal del juez único justiciero. Solo el hombre, cuyo estudio y delicias habian de ser la religion cristiana, se determinaria

gustoso á vivir para merecer, y para disponerse con la fé á gozar de una perpetua felicidad.

Pero ¿por qué causa estas verdades que nos aterrarian en esta suposicion, se nos escapan siendo reales? ¡Cuán cierto es, que no se conocen las penas sino cuando se experimentan! Con todo, no lo será ménos, que toda nuestra vida no es mas que una sucesion de males, por mas que el hombre con las diversiones trate de disiparse y no conocer su lamentable estado. ¡Ojalá que los hombres se acostumbrasen cuanto ántes á ponderar dentro de sí mismos estas frivolidades que los ocupan ó divierten, y á valorarlas, no segun el gusto del mundo, sino segun el órden invariable de la razon y severas leyes de la religion! ¡Ojalá que antes de hacer una cosa se previese siempre el fin de ella, su objeto y circunstancias, no omitiéndose el exámen del tiempo y de la especie de estudios y negocios! ¡Ojalá que nos convenciésemos que no hemos nacido sino para decir la verdad y para hacer el bien; que es apostar de la caridad el despreciar á sus hermanos los otros hombres, y que solo aquel hombre que es cristiano es grande!

El que descansa sobre los honores, se detiene en objetos terrenos, y por consiguiente perecerá; pero el que confia en el Ser que existió antes del mundo, y que existirá despues de él, tiene por apoyo la misma eternidad. Esta idea nos debe empeñar, no solo en olvidar, sino tambien en aborrecer todo lo que hasta aquí hemos apreciado, separándonos de nuestros vínculos y asimientos carnales. Ninguno es esclavo del mundo sino porque quiere serlo. Es verdad que nuestro modo de vivir depende en algun modo de las personas que vemos, de las amistades que formamos, de los países en que vivimos, y por último, de las circunstancias y acaecimientos; pero en cualquiera posicion que nos hallémos, debemos ser siempre cristianos. Ya que no todos podemos vivir retirados, nunca hemos de entregar al público sino una parte de nosotros mismos, tanta cuanto fuere necesaria para cultivar la sociedad.

El mayor número de los hombres, pues, y de los que se precian de cristianos, léjos de observar estos preceptos, profanan su propia vida, ó mas bien, hacen de ella una especie de muerte. No abren los oídos, y mucho menos el corazon á las verdades que la religion les expone. Con tal que ellos jueguen ó disputen, calculen ó riñan, engañen ó duerman, critiquen ó coman, están contentos y enamorados de su existencia, y se creen nacidos para las mayores cosas. El

tiempo constituye la vida presente, y no hay cosa de que tanto se abuse y menosprecie. Nosotros verdaderamente no pensamos, cuando disponemos de las horas á nuestro gusto, en que á cada instante se acelera una que dispondrá de nosotros á su vez, y nos apartará para siempre del número de los vivientes. Es necesario traer á la memoria muchas veces este instante, y pensar que entonces será lo mismo haber vivido de un modo oscuro ó lucido, haber sido sabio ó ignorante. Todo lo que se hace por ostentacion, viene á parar en algunos epitafios más ó menos hermosos que adornan un triste y por dentro pestífero sepulcro; esto es, algunas sílabas que deshace y desmorona el tiempo. Si consideramos todas las miserias de la vida, y principalmente esta última, no erigiríamos sobre tan falsas ruinas, el falso heroísmo que nos deslumbra. Solo veríamos como digno de aprecio, lo que jamás ha de finalizar. No hay cosa mejor que el vivir como cristiano: éste despoja al mundo del falso brillo y oropel con que nos deslumbra; conoce sus miserias y sabe aprovecharse de ellas; espera la mayor y última de todas, y no la teme, porque solo Dios es á quien teme.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de Ceniza.—Al ponerla el sacerdote en la frente de los fieles, les recuerda que en polvo se han de convertir.

Jueves despues de Ceniza.—Oye Jesus el ruego del centurion, y premia su fé sacando á su siervo.—*San Mateo, cap. VIII.*

Viernes despues de Ceniza.—Antes de ofrecer los holocaustos, es necesario reconciliarse con el enemigo.—*San Mateo, cap. V y VI.*

Sábado despues de Ceniza.—Andando Jesus sobre las aguas del mar, Pedro le ruega que le mande ir á su encuentro sobre las mismas aguas.—*San Marcos, cap. VI.*

Miércoles de Ceniza.

Hoy, hermanos míos muy amados, nos dice San Bernardo, comenzamos el santo tiempo de Cuaresma; éste tiempo de combates y de victorias para los cristianos; pero victorias, que se han de conseguir con las armas del ayuno y de la penitencia. ¿Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor no debemos comenzar esta carrera? ¿Pero con qué religion y con qué exactitud no debemos observar este santo ayuno? Es una ley, dice el mismo San Bernar



Miércoles de Ceniza



Jueves de la semana de Ceniza



Viernes de la semana de Ceniza



Las lagas del Miércoles Ríndote

do, comun á todos los fieles. El mismo Jesucristo ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, y ¿osaría un cristiano eximirse de él? San Agustín dice, que el ayuno de cuarenta dias establecido en la Iglesia, está autorizado por el Testamento Viejo y por el Nuevo; por el viejo, porque Moisés y Elías ayunaron igual número de dias. Por el nuevo, por el mismo Jesucristo que ayunó otros tantos. Por donde vemos la conformidad del Evangelio con la Ley, figurada en Moisés, y con los profetas, representados por Elías. Este sin duda es el motivo, añade este santo doctor, por que Jesucristo se dejó ver en su Trasfiguracion entre Moisés y Elías, para denotar mas auténticamente lo que el Apóstol dice del Salvador: que la ley y los profetas dan testimonio de él.

Se puede decir con verdad, que el ayuno de la Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio; pues el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio, sino hasta despues de haber cumplido su santo ayuno. El Salvador, dice San Gerónimo, santificó con su ayuno de cuarenta dias el ayuno solemne de los cristianos; y su ejemplo fué la primera institucion de la Cuaresma; pero no hizo entonces un mandamiento espreso, porque el mismo Salvador dijo de sus discípulos: "Vendrá un dia en que el Esposo les será quitado, y entonces ayunarán." En efecto, apenas hubo subido el Salvador á los cielos, cuando los ayunos fueron muy frecuentes en los Apóstoles y en los primeros fieles. El ejemplo del Salvador fijó el número de los dias de ayuno; y el tiempo inmediato antes de Pascua les pareció á los Apóstoles el mas propio para servir de preparacion para esta gran festividad.

Como las seis semanas de la Cuaresma solo incluyen treinta y seis dias, la Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, ha añadido los cuatro dias precedentes, y ha fijado el principio de esta Santa Cuaresma al Miércoles de Ceniza. Todos sabemos que esta Santa ceremonia de poner la ceniza sobre la cabeza, es quien ha dado el nombre á este primer dia del ayuno de la Cuaresma. La ceniza, no solo en la nueva ley, sino tambien en la antigua, era simbolo de la penitencia, y señal sensible de afliccion y de dolor. Yo me acuso á mí mismo, decia Job, hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza.

Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Acuérdate hombre, que eres polvo y que te has de convertir en polvo. Estas son las memorables palabras que dijo Dios al primer hombre en

el momento de su desobediencia; y estas son las que la Iglesia dirige á cada uno de nosotros en particular, por la boca de sus ministros en la ceremonia de este día. Palabras de maldicion, en el sentido en que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salvacion en el fin que la Iglesia se propone al hacérmolas oír. Palabras terribles y espantosas para el hombre pecador; pues le significan y le acuerdan el decreto irrevocable de su condenacion á la muerte; pero palabras dulces y de consuelo, dice San Crisóstomo; pues le enseñan el camino de su conversion, que es la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aron, y derramadla sobre el pueblo. Esta ceniza así esparcida, dice la Escritura, fué como la materia de que formó Dios las plagas que afligieron á todo el Egipto y causaron una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este día es muy diferente en el cristianismo; pues los sacerdotes de la nueva ley no esparcen hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para aplacar la indignacion del Señor por medio de este acto de humillacion, para alcanzar las gracias y los favores de Dios, para hacernos capaces de experimentar su bondad, y para escitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia. Con este espíritu y con esta disposicion debemos practicar en este día la ceremonia de la ceniza. Esta ceniza es hecha de las palmas ó ramos que se bendijeron el año antecedente, que se llevan en la procesion el Domingo de Ramos; y hoy tambien las bendice el sacerdote antes de ponerla en la cabeza á los fieles.

La Epístola de este día, es del capítulo XI del profeta Joel. Nada puede convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este día. El Profeta toma ocasion de los azotes con que castigaba Dios los pecados de su pueblo, para mover al pueblo á aplacar la indignacion del Señor por medio del ayuno y de la penitencia; y le anuncia, que inclinado el Señor y enternecido con la humillacion, con las mortificaciones del cuerpo, y con la oracion, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes á las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este profeta es penetrante y al mismo tiempo vivo; sus pinturas son vivas. Pinta las cosas, y como que las pone delante de los ojos. Nos dice: "Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertios al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia. Dios es todavía mas misericordioso, que nosotros malos.

Antiguamente era costumbre muy ordinaria rasgar sus vestidos en el duelo y en el transporte del dolor. En la Escritura se ven muchos ejemplos de estos. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversion de dolor y de arrepentimiento; quiere una conversion sincera, un dolor interior; quiere la conversion del corazón, la reformation de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se dejará mover de nuestras lágrimas, y si la vista de nuestra humillacion lo inclinará hácia nosotros? El Profeta espresa á un mismo tiempo las tres disposiciones que debemos tener cuando hacemos penitencia. La confianza en la bondad de Dios, la contricion de nuestros pecados, y la desconfianza en nuestros propios méritos. Entre los hebreos se anunciaban las fiestas y las juntas al son de trompeta, como está mandado en el capítulo X de los números. El Profeta exhorta á los gefes de la nacion á juntar al pueblo, y en esta junta general intimar un ayuno solemne y excitar á todo el mundo, y en particular á los ministros del Señor, á aplacar la indignacion de Dios con las lágrimas y la penitencia. *Lloren los sacerdotes postrados entre el vestibulo y el altar, dice, lloren y clamen: Pardonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejeis que vuestra herencia sea el oprobio de las naciones, cayendo bajo de su dominacion. ¿Consentireis, Señor, que los extranjeros digan de nosotros: ¿Dónde está su Dios?*

En el estado en que se hallaba entónces el pais, nada era mas fácil á los enemigos de los judios, que hacerse dueños de él. El pueblo consternado, abatido de terror, debilitado por una horrible hambre, no estaba en estado de resistir á un ejército de asirios ó de caldeos. Exhorta, pues, el profeta á los ministros del Señor, á que le pidan no permita que su pueblo caiga bajo la dominacion de los extranjeros, para que las naciones infieles no tomen ocasion de acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza ó de crueldad, por haber abandonado á su pueblo al arbitrio de sus enemigos. No bien habia exhortado el Profeta á sus hermanos á la penitencia, cuando les anuncia que el Señor se enternecerá al oír sus clamores. En efecto, el Señor se ha compadecido de sus males á la vista de sus lágrimas, y los ha perdonado; y este perdon ha sido seguido de toda suerte de prosperidades, y de una bendicion abundante. Tanta verdad es que la penitencia desarma á Dios por mas irritado que esté, y que trae la prosperidad y la calma.

El Evangelio de la misa es del capítulo VI de San Mateo; en

donde Jesucristo nos enseña la pureza de intencion que hemos de tener en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus Apóstoles cómo debían orar, y cómo debían perdonar las injurias, poniéndose él mismo por modelo el mas perfecto de una tan excelente caridad. Despues de haberles dado estos preceptos sobre la oracion y el perdon de las injurias, les da uno sobre el ayuno, el cual debe acompañar y sostener la oración. ¿Queréis saber, les dijo, qué ayunos son santos y agradan á Dios? Pues son los que se practican en secreto: y así no os admireis si yo os prohibo el que imiteis á los hipócritas, que ayunan y hacen ostentacion de su austeridad; la virtud de éstos no está en el corazón, sino en la cara: con un semblante penitente, con exterior triste y austero, con largos y rigurosos ayunos, quieren conseguir opinion de gentes mortificadas, y deslumbrar por medio de un exterior engañoso é hipócrita. Tened por cierto lo que ya os he dicho, y os vuelvo á decir, que no hay otra recompensa para ellos que este honor vano con que se alimentan y saborean. Yo pretendo de vosotros otra cosa muy distinta. Quiero que en los dias de ayuno os unjais la cabeza, os laveis la cara, como acostumbrais hacerlo en los dias solemnes y de regocijo, á fin de que bajo de un semblante alegre ocultéis la austeridad de vuestro ayuno. Y si puede ser no haya otro que Dios que sepa que ayunais, y aquellos á quienes debéis este buen ejemplo, si es necesario. Esto es lo que Dios quiere, esto es lo que aprecia; cuanto mas ocultáreis de los hombres vuestras penitencias, tanto mas pública y gloriosa será un dia la recompensa.

En tiempo de duelo y de ayuno no se usaba el baño ni el perfume: y así Jesucristo no manda que se sirvan de esas cosas en el ejercicio de la penitencia: solo quiere que estemos tan diferentes de la afectacion de parecer ayunadores, que parezcamos todo lo contrario; y que en lugar del aire triste y austero de los fariseos, nos mostremos alegres, afables y contentos. Quiere que obremos sin afectacion, sin vanidad, sin fausto ni hipocresía.

Otra flaqueza hay, prosigue el Salvador, bastante común en el mundo, y es la pasion desmedida de adquirir y amontonar hacienda. Al precepto del ayuno añade tambien el desprendimiento de los bienes terrenos, para prevenir así el vil motivo de aquellos que por una soez avaricia no ayunan, sino por ahorrar. El Señor les dijo á sus discípulos: Yo no os prohibo el que amontoneis grandes tesoros, con tal que no sean tesoros de la naturaleza de aquellos que se

amontonan sobre la tierra, los cuales consume el gusano y la polilla, y os pueden hurtar los ladrones. No cuideis de atesorar en otra parte mas que en el cielo, donde no hay polilla, ni herrumbre que consuma, donde no hay tampoco ladrones que eaven y roben: donde los bienes que se han atesorado son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si según el antiguo proverbio, donde está el tesoro ahí está el corazón, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar nuestro corazón al cielo, que tenerlo pegado á la tierra, que es el triste lugar de nuestro destierro?

Explicando San Hilario estas palabras de Jesucristo, dice: "No pongais vuestro tesoro en la opinion y en las alabanzas de los hombres; no esperéis de ellos vuestra recompensa; esperadla de Dios solo." Pero ¡ah, que no conocemos estas verdades! Solo mostramos ardor y actividad por los bienes de la tierra, bienes falsos, frívolos y vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, que necesariamente nos los han de robar tarde ó temprano. ¡Ciegos de nosotros que no volvemos nuestros ojos y nuestros afanes hácia el cielo, hácia aquellas verdaderas riquezas, cuya posesion ha de ser eterna, y las cuales solas pueden llenar para siempre nuestros deseos!

La Epístola es del capítulo II del profeta Joel.

Esto dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos; y convertíos al Señor Dios vuestro: puesto que él es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha clemencia, é inclinado á suspender el castigo. ¿Quién sabe si se inclinará á piedad, y os perdonará, y os dejará gozar de la bendicion, y el poder ofrecer sacrificios y libaciones al Señor Dios vuestro? Sonad la trompeta en Sion, intímad un santo ayuno, convocad á junta, congregad el pueblo, purificad toda la gente, reunid los ancianos, haced venir los párbulos, y los niños de pecho: salga del lecho nupcial el esposo, y de su tálamo la esposa. Llloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, y no abandones al oprobrio la herencia tuya, entregándola al dominio de las naciones. Porque tendrán pretexto las gentes para decir: ¡El Dios de ellos dónde está? El Señor mira con ardiente amor á su tierra, y ha perdonado á su pueblo. Y ha hablado el Señor, y ha dicho á su pueblo: Yo os en-

viaré trigo, y vino, y aceite, y seréis abastecidos de ello; y nunca mas permitiré que seais el escarnio de las naciones: dice el Señor Dios omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando ayuneis no os pongais caritristes, como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieren su galardón. Tú, al contrario, cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre que está presente á todo, *aun* lo que hay de *mas* secreto; y tu Padre que ve en secreto, te dará por ello la recompensa. No queras amontonar tesoros para vosotros en la tierra, dande el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentieran y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentieran y roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazón.

MEDITACION.

Sobre la muerte.

Considera con cuanta razon la Iglesia, al comenzar este tiempo de humillacion y penitencia, nos pone delante de los ojos la muerte en que incurrimos por el pecado, y pronuncia de nuevo la terrible sentencia que oyó atónito Adán en el Paraiso: Polvo eres, y en polvo te has de convertir. ¡Sentencia formidable, fulminada por todo un Dios ofendido, y que en su indignacion castiga al hombre de un modo en que conozca lo que atrae sobre sí la frenética osadía del mortal empleada contra su Dios y su Señor! La muerte, en efecto, es el medio mas poderoso para hacernos conocer nuestra nada en el momento mismo en que nuestra soberbia quiere erigirnos sobre nuestra miseria é igualarnos á Dios en las alturas. Semejantes al soberbio Luzbel, que se prometia poder subir á los cielos, poner su trono sobre las nubes, ser semejante al Altísimo, ó como el desventurado Adán, que quiso ser como Dios por la adquisicion de una ciencia que Dios le habia negado, nosotros nos elevamos cada dia en el exceso de nuestra fantasia acalorada, y en la vehemencia de nuestras

atrevidas pasiones, y nos avanzamos á los objetos que la ley santa del Señor nos ha prohibido, contradiciendo con esto la voluntad divina, y rebelándonos contra su soberanía. Empero el Dios de la magestad, á cuyo trono no puede llegar la audacia del hombre, vibra contra éste una arma, que hiriendo en el principio mismo de que hacia partir sus activos proyectos, hace venir abajo su pretendida soberanía, y le convence hasta la evidencia, de que de sí mismo nada es, que por sí nada puede, que su ser es mortal y destructible, que es polvo y en polvo se ha de convertir. En vano el hombre cuenta con que es un sér viviente que existe sobre la tierra: en vano quiere usar de su libre albedrío mas allá de los límites que el Señor le ha fijado; en vano se contempla independiente de su autor soberano, y exento de los efectos de su justa indignacion: la muerte, la terrible muerte, postra y humilla toda su soberbia; á su pesar lo persigue y rodea por todas partes; lo ataca de firme, y todo el poder de la tierra no es capaz de parar ni suspender el golpe de su guadaña destructora.

Considera que el fin con que el Señor ordenó la muerte para castigo del hombre, es la causa de las fatales circunstancias de que se la vé revestida; ella es universal, inevitable, cierta en su evento, incierta en su hora, y en el modo y situacion en que haya de asaltarlos: ella finalmente es una, irremediable y decisiva de nuestra suerte eterna. Su imagen anda siempre delante de nuestros ojos; á cada paso tropezamos con el peligro de caer en sus manos despiadadas; nosotros mismos llevamos sin cesar el principio de corrupcion de que ha de usar para destruir nuestra existencia. Los séres de toda especie que diariamente perecen á nuestros mismos ojos nos la anuncian, y la memoria de lo que fué y no existe, la experiencia de lo que hoy fina, el presagio de lo que pasará por nosotros, está haciendo venir sin cesar sobre nuestro espíritu atribulado el pavor de la muerte, que se hacia sentir aun en el corazón del santo y fuerte Job: mas dirémos, en la alma santísima del Dios hombre, humillado en el huerto de las Olivas. Pero esta muerte formidable que la fé nos predica, que la razon nos convence, que la experiencia nos certifica, y que la sentencia de un Dios inexorable está haciendo pesar sobre nosotros, como la espada de la justicia divina que vibra sobre nuestras cabezas, así como es en su amago una voz precursora que nos anuncia nuestro castigo, así es en el corazón del hombre religioso que sabe usar de ella un antídoto poderoso contra el veneno de la

culpa, y un medio de salvacion por el espíritu con que se acepte, se medite y se prevenga, se abraze y se padezca al fin, cuando llegue su evento. Su aguijon no obra sobre la alma verdaderamente justa: no logra sobre ella la victoria; y el justo, al dormirse plácidamente en el Señor, puede decir á la muerte: "¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está tu aguijon? ¡Tú me privas de la existencia temporal; pero es para hacerme vivir eternamente!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Concededme, Señor, que de tal modo viva, que merezca una muerte preciosa á vuestros ojos. Sé bien que la muerte es el castigo del pecado; como tal no la rehuso; pero quiero que sea empleada en solo lo terreno y temporal, sin que obre en mí la destruccion que obra en el impio, el cual perece verdaderamente, pues perece para vos. Para que tal desgracia no me acaezca, yo os prometo vivir en la inocencia y justicia que debo, y que son las únicas que conservan la vida de la gracia. Así sea.

JACULATORIA.

En tí está mi esperanza, Dios mio; en mi seno se guarda y se alimenta.

LECCION.

Sobre la última miseria de la vida, que es la muerte.

Hoy nos recuerda la Santa Iglesia la terrible sentencia, pero infalible, de que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir. Una triste experiencia nos manifiesta evidentemente, que despues de tantas miserias como estamos necesitados á padecer en este mundo, se nos espera al fin una que para la mayor parte de los hombres es la mayor, la muerte. ¡Cuántas personas no han desaparecido de nuestros ojos, que podian formar un mundo! Si fuésemos mas racionales, no necesitaríamos de pensar en la muerte. Ella se ofrece tan frecuente á nuestra vista, que bien podemos considerarla como incorporada con nuestro ser. Todos cargamos en nuestro pecho un veneno oculto que nos destruye insensiblemente, somos verdaderamente una copia del universo. Este tiene sus eclipses, sus estaciones, sus lluvias, sus relámpagos, sus tempestades, sus nieblas, sus terremotos,

sus noches y sus dias: nosotros tenemos nuestras pasiones, nuestros humores, nuestra ignorancia, nuestras enfermedades, nuestras inquietudes y nuestras alegrías. La infancia es nuestra primavera, la juventud nuestro estío, la edad viril nuestro otoño, la vejez, por último, nuestro invierno; y despues de esto mudamos de configuracion como el mundo la mudará: nos pasamos como los cielos y la tierra pasarán. De este modo se produce incesantemente la muerte á nuestros ojos como un objeto cuya vista no podemos evitar. La muerte se halla tan fuertemente impresa en nosotros mismos, que nuestros pensamientos los mas íntimos, sucediéndose rápidamente unos despues de otros, forman en nuestro corazon una continua destruccion, que nos advierte que somos mortales.

Lo mismo podemos decir de las perdidas que sin cesar experimentamos en nuestro cuerpo, ó por las transpiraciones, ó por la dissipacion de los espíritus animales. Estas mutaciones son tan sensibles, que despues de cierto tiempo nuestro cuerpo no es el mismo que ántes era. Ved aquí como en nosotros y fuera de nosotros se nos representa la decadencia y destruccion que nos amenaza, y que prontamente reducirán nuestras personas á unos cuantos granos de polvo, y á algunas exhalaciones; pues que la muerte no se contenta con separar la alma de nuestro cuerpo, sino que continúa haciendo en éste sus estragos hasta en el sepulcro. ¡Ay! ¡Habrà alguno que se pueda olvidar de la muerte! Las generaciones todas que ya existieron, no podrán volver á entrar en la tierra: los siglos se pierden en el abismo de lo pasado, donde todo se sumerge y nada vuelve; los imperios, las costumbres, las ciencias, las leyes, los usos, se amigilan sucesivamente: nuestros vestidos son despojos de animales que ya no parecen: nuestras casas obra de unos artífices que ya no existen: los astros en sus eclipses nos pintan nuestra fragilidad: las flores al marchitarse nos demuestran nuestra corta duracion, y la tierra abriéndose en bocas y roturas, se hace un volcan que á toda hora devora nuestra pobre humanidad.

Nada hay en el mundo que se ofrezca á nuestros ojos y á nuestro entendimiento con tanta frecuencia como la muerte: no hay instante en toda la série de las horas que componen un siglo, en el que alguno no luche con las ansias de la muerte y al fin no la pague su tributo. No es necesario hacer disecciones para ver esqueletos; cada amigo, cada hombre que encontramos en la calle, es uno que se nos presenta: no es mas que abrir los ojos para ver de un dia á otro

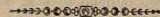
arrugas y progresos de corrupcion sobre cada rostro que miramos: en los hombres mas robustos se descubren síntomas de muerte: la salud mas vigorosa se aja y marchita poco á poco, del propio modo que una rosa con los calores del medio dia. Nuestros viages y despedidas son otros tantos preludios de la muerte: todos los dias morimos para algunas personas y lugares que no hemos de volver á ver. ¡Cuántas respuestas no tenemos cada dia de nuestra mortalidad! El menor dolor de jaqueca que nos incomoda, la mas leve calentura que nos ataca, el mas pequeño golpe que nos damos, la mas leve picadura que nos hacemos, anuncian nuestra muerte: el sueño mismo, figura de la muerte, nos pronostica todas las noches nuestra futura destruccion.

¡Qué mas! los sentidos, ministros de nuestras pasiones, concurren á minarnos, y continuamente nos avisan de nuestro último fin. Nuestros ojos no ven por todas partes sino destrozos y fragmentos de nuestra humanidad, nuestros oidos oyen tocar á cada instante las horas que vuelan para nunca volver: nuestras manos no tocan sino cosas que se quiebran ó que se marchitan; y al tocar nuestro propio cuerpo tocan una carne que pronto se corromperá: nuestra boca se saborea comiendo cadáveres que se aniquilan para darnos vida: nuestro olfato no respira sino perfumes que se evaporan: nuestros piés no se apoyan sino sobre gusanos é insectos que destrozamos, ó sobre sepulcros que pisamos. Todo, todo nos anuncia la terrible catástrofe que nos separará en algun modo de nosotros mismos.

Los objetos á que nos asimos, no son mas sólidos que nuestros cuerpos: los placeres que tanto amamos, se nos escapan aun antes de disfrutarlos: los honores son relámpagos que brillan un instante: las riquezas son una nube que pronto se desvanece: la fama no es mas que nada: la salud se gasta; así es que no hay situacion alguna que no trace la muerte. ¡Ay! Se halla tan presente, que el asiento sobre que estamos sentados, el libro que tenemos en nuestras manos, son desperdicios de cuerpos extraños que ya no existen: el aire mismo que respiramos, en su mayor parte contiene elementos capaces de acabarnos. No es, pues, necesario descender á los subterráneos espantosos, ni llamar las sombras de los muertos, ni amontonar calaveras ni huesos descarnados, para formar el espectáculo de la muerte. Los elementos mismos, criados para contribuir á nuestra vida, son criaturas destructivas que nos sumergen ó nos devoran; y el tiempo, enemigo de todo lo que dura, nos muestra en los márm-

les que roe, y broncees que carcome, el retrato de nuestro último fin.

Pero ¿qué necesidad hay de alargarnos mas sobre un asunto cuya verdad es tan palpable? ¡Ignoramos que todas las veces que bostezamos, estornudamos y respiramos, podemos arrojar el último suspiro? Un rayo imprevisto nos reduce en polvo; el mas leve soplo nos disipa y aniquila. La muerte sofoca tambien al niño que se mece en la cuna, como al viejo que apenas se mueve en la cama del dolor: se burla de los grandes y de los pequeños. Las historias todas no son mas que una, la de la muerte; no se hace contrato alguno donde no se inserte la cláusula, *en caso de muerte*. No se hacen promociones en los ejércitos, en los coros y oficinas, sino en consecuencia del fallecimiento de alguno. La mano misma del Eterno graba á cada instante la primera y mas terrible sentencia, *eres polvo*. No hay rincón alguno en el universo donde no se vea en letras ó en símbolos de todas formas y colores; y como si este alfabeto de la muerte no bastara para esplicarnos todo lo que ella es, desde nuestros primeros años aprendemos el arte de matar con destreza: los hombres no salen á la calle sino con armas, que al parecer fijan la muerte á su lado; y han inventado cuantos medios son imaginables para matarse mas cruel y ligeramente. En todo lo que nos rodea nos persigue la muerte sin poder evitarla. *Eres polvo y en polvo te has de convertir.*



Juéves despues de Ceniza.

Como el ayuno de la Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia la historia de dos curaciones corporales, obradas milagrosamente en dos personas: la una de la primera y mas noble calidad entre los hombres, y la otra de la última y mas vil condicion, para hacernos ver que no hay estado alguno en el mundo que esté excluido del beneficio de la redencion y de la salvacion. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia se lee en la Epístola de la misa: el otro es el del criado de un centurion, ó capitán de una compañía de cien hombres; y este milagro es el asunto del Evangelio del dia.

Ezequías, rey de Judá, era hijo de Acáz y de Abías, y nieto de